12 CANASTAS

Carlos Álvarez

12 CANASTAS

Bohodón Ediciones

12 canastas

Primera edición: septiembre de 2026
© De la obra: Carlos Álvarez
© Imagén de portada e ilustraciones interiores: José Antonio García

© Bohodón EdicionesTM S.L.
www.bohodon.es
Avenida Ensanche de Vallecas 42
28051, Madrid
e-mail: ediciones@bohodon.es

ISBN-13: 979-13-87719-88-3
ISBN E-book: 979-13-87719-89-0
Depósito legal: M-22686-2026

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Las mejores historias no se inventan.
Se encuentran en los pasillos donde nadie quiere entrar.

A todos esos niños y niñas
que no pudieron tocar la campana

ÍNDICE

Prefacio 11

Prólogo de Sergio Scariolo 17

La canasta imposible 21

PRIMER CUARTO 35

El capitán de la calma: siete segundos para cambiar la historia, por Berni Rodríguez 37

El vuelo de la determinación: cantera y vida, por Diego Ocampo 43

Crónica de un instante eterno: Nantes 1992 y el vuelo de Ricky Brown, por Nacho Calvo 49

SEGUNDO CUARTO 55

La parábola imposible: un milagro en San Pablo, por Javier Gancedo 57

La canasta que nos puso en el mapa, por Fernando Romay 65

Anatomía de un milagro en el Pisuerga, por Antoni Daimiel 71

SHOWTIME **81**
Kafka en Chicago, Dickens en Harlem, por Carlos Álvarez 83

TERCER CUARTO **95**
El cinturazo de la gloria, por Diego de Paz 97
Federico Acholón, personaje de ficción, por Rubén Soroya, escritor 101
El salto de gigante: crónica de una remontada hacia el Olimpo, por Marta Fernández 111

ÚLTIMO CUARTO **119**
Historia de un palomar, por Pablo Lolaso 121
El triple de la redención: una lección de resiliencia y equipo, por Pierre Oriola 127
El instante del descaro, por Juan Antonio San Epifiano, Epi 133

PRÓRROGA **147**
El vuelo de la bomba: una cita con el destino, por Juan Carlos Navarro 149
El túnel (Ilustraciones de José Antonio García López) 159
El arte de seguir andando 185

Epílogo de Paloma del Río 195

Agradecimientos 201

PREFACIO

Hay libros que se escriben para contar una historia y otros para entender por qué esa historia merecía ser contada. Este pertenece a los segundos. Nace de una obsesión antigua —que es una forma menos alarmante de llamar a ciertas fidelidades— y de una convicción que me ha acompañado siempre: el baloncesto no es solo un deporte. Es también una manera de mirar, de pensar, de recordar. Hay quien ve una cancha y distingue diez jugadores, dos aros y un marcador. Yo casi siempre he visto un lenguaje: una gramática de espacios, una sintaxis de bloqueos, un puñado de silencios que, bien leídos, explican más que muchas palabras.

He sido jugador, árbitro, entrenador y periodista deportivo. He narrado y contado historias de baloncesto en Estadio Deportivo, Radio Giralda, El Desmarque y Movistar. En todas ellas me pagaron, excepto cuando era jugador. Algo ya de esto sabía el propio deporte, que tiene la elegancia cruel de ponerte rápido en tu sitio. El baloncesto enseña pronto que no basta con querer ser importante: también hay que aprender a colocarse, a esperar, a entender qué pide cada jugada y qué lugar te corresponde en ella. No siempre triunfa el que más corre ni el que más salta; a veces, simplemente, el que mejor comprende por dónde va el partido.

Para mí todo empezó a los siete u ocho años, en el colegio Altair, de la mano de mi tío José Mari. Muchas tardes nos íbamos con una pelota de minibasket y una cuña de chocolate, que es una forma bastante digna de fundar cualquier vocación. Creo que fue entonces cuando empecé a perfeccionar esa manera tan mía de no saltar. Nunca tuve ambición aérea. Lo que más me gustaba era tirar y saber colocarme en la pista. Coger un rebote sin despegar los pies del suelo o robar una pelota sin hacer ruido me producía una alegría secreta, casi filosófica. Mientras otros desafiaban la gravedad, yo intentaba entenderla. Con el tiempo sospeché que en esa preferencia había algo más que una limitación física: había ya una forma de mirar el juego y, quizá también, de estar en el mundo.

Los años pasaron y fui tocando todos los palos. Jugué, arbitré, entrené, escribí, entrevisté, narré partidos. Recorrí el baloncesto desde dentro y desde fuera, desde la pista y desde la grada, desde el vestuario y desde la página en blanco. Y cuanto más cambiaba de sitio, más claro veía que este deporte se parece mucho a la memoria: está lleno de sistemas, sí, pero también de accidentes; de planes cuidadosamente trazados y de rebotes largos que nadie había previsto. Tal vez por eso acabó naciendo este libro: porque algunas historias no piden ser contadas desde una sola esquina.

La de Sergio Scariolo y servidor, por ejemplo, es una historia curiosa y extraña a la vez. Lo entrevisté por primera vez en 2014 para el programa de radio Desde el Perímetro. Después de aquella conversación, hice un par de noticias escritas para la web. Salí contento. Salimos contentos. Hasta las 09:00 de la mañana del día siguiente. Yo había interpretado mal una afirmación suya sobre un cambio de banquillo en la Selección, cuando él aún estaba en Baskonia, y me escribió para decírmelo con una precisión impecable: «Carlos, eso no lo dije así exactamente. ¿Puedes modificarlo?». No tardé ni

cinco minutos. Hablé con él, le pedí disculpas y todo quedó resuelto. Fue la primera vez que me corrigieron una información, y sin embargo, aquel episodio no disminuyó mi admiración; la aumentó. A veces no se conoce a la gente por lo que celebra, sino por cómo corrige. Y Sergio, en eso, fue tan claro como elegante.

Desde entonces le felicité a menudo por sus éxitos, unas veces por WhatsApp y otras por mensaje privado en Twitter. Siempre respondió con afecto. Años después, en diciembre de 2023, recurrí a él con una mezcla de urgencia, pudor y esperanza. Mi equipo, la Jugoplastika Split, un equipo amateur lleno de amigos y, por eso mismo, lleno también de entusiasmo, caos y fe desmedida, estaba cerca de una fase final complicada. Nos esperaba un rival duro, con dos jugadores semiprofesionales que no sabíamos cómo parar. Le escribí un correo explicándole sus características, nuestra defensa y los métodos que habíamos usado durante el año. Y entonces ocurrió algo extraordinario por lo infrecuente: me contestó. Con humildad. Me habló de la 1-3-1 y de la presión arriba, en la parte alta de la zona. No daba crédito. Aquel mensaje fue una lección táctica, sí, pero también una lección humana. Después se lo conté a los míos y, durante un rato, me escucharon como si yo hubiera bajado del monte con unas tablas sagradas. Alucinaban.

Dos años después, en otro verano caluroso, una tarde de agosto y con 39 de fiebre, se me ocurrió la idea de escribirle en pleno Eurobasket para proponerle este libro. Esperaba cualquier cosa menos una respuesta afirmativa. Quizá porque uno nunca termina de confiar del todo en las historias improbables, aunque sean las únicas que luego merece la pena contar. Pero Sergio aceptó. Y esa generosidad, unida a todo lo anterior, explica por qué su nombre está al comienzo de estas páginas. No solo por su trayectoria, por su inteligencia

o por lo que representa para el baloncesto europeo, sino por una razón más sencilla y valiosa: porque detrás del entrenador admirable hay una persona de una generosidad poco común.

Esa misma lógica íntima y profunda explica también por qué parte de lo recaudado por este libro irá destinada a la **Fundación Cesare Scariolo**. Blanca Ares, deportista de élite, exjugadora profesional de baloncesto, internacional con la selección y mujer de Sergio, me habló de la fundación y de sus objetivos. Me explicó su labor de apoyo y acompañamiento a niños con enfermedades oncohematológicas y a sus familias, una tarea que no consiste solo en ayudar, sino también en sostener, aliviar y estar cerca cuando la vida se vuelve incierta y el miedo ocupa demasiado espacio.

En mi caso, además, esa decisión tiene una raíz personal. Mi abuela Carmela tuvo leucemia, igual que Cesare Scariolo, el padre de Sergio. Ese es el nexo común. La herida compartida. El punto en que dos historias distintas se reconocen sin haberse buscado. Y también ahí el baloncesto tuvo su papel. Fue, de algún modo, una forma de seguir. No una cura, desde luego, ni una solución milagrosa, sino algo a veces igual de necesario: una rutina, un refugio, una conversación, una pequeña estructura frente al desconcierto. Hay momentos en que una pelota botando no arregla nada, pero consigue que el mundo se rompa un poco menos.

No puedo cerrar estas páginas iniciales sin mirar hacia el final del camino y expresar mi gratitud a Paloma del Río, quien aceptó sin vacilar la invitación de escribir el epílogo de este viaje. Ella, que ha sido la voz inconfundible de tantos Juegos Olímpicos en TVE, comprende mejor que nadie que el deporte es un territorio estéril si se despoja de sus principios. Su generosidad engrandece este proyecto, aportando la mirada de quien ha defendido siempre el respeto, la dignidad y el

lado más profundamente humano de la competición. Gracias, Paloma, por recordarnos que la verdadera grandeza nunca se mide en el marcador.

Los capítulos que componen este libro nacieron también de una manera muy concreta de escuchar. Durante varios meses fui manteniendo entrevistas con cada uno de sus protagonistas, conversaciones largas, reposadas, a veces minuciosas, otras, simples notas de audio en las que cada cual fue contando su canasta: ese lugar íntimo donde el baloncesto deja de ser solo juego y se convierte en memoria, carácter, herida, vocación o refugio. Después, todo ese material -las palabras dichas, los matices, las pausas, los recuerdos que aparecían casi sin avisar- fue transformándose en relato, en un perfil narrativo, no para traicionar la verdad de lo contado, sino para encontrarle una forma narrativa que le hiciera justicia. Porque también ahí, como en el baloncesto, no basta con tener la jugada: hay que saber leerla y darle sentido. Solo en los casos de Javi Gancedo, Diego de Paz y Rubén Soroya ocurrió algo distinto: fueron ellos mismos quienes quisieron escribir su propia historia.

Y de ahí nace este libro. De la memoria, del aprendizaje, de los errores, de los valores, de la admiración y de las personas que dejan huella sin proponérselo. De una infancia con balón y chocolate. De una vida entera alrededor de una canasta. De una fiebre de agosto y de un correo improbable. Lo demás son las páginas que usted, lector, está a punto de leer: un libro de baloncesto, sí, pero también un libro sobre la memoria, la fragilidad y esa forma extraña, a veces milagrosa, que tiene una canasta de ayudarnos a seguir.

PRÓLOGO

DE SERGIO SCARIOLO

No os escondo que, cuando Carlos Álvarez me pidió esta contribución para su libro, tuve muchas dudas. Las tuve por una razón muy sencilla: por falta de tiempo, sí, pero también porque raramente suelo hacer cosas así. Prácticamente nunca. No es falsa modestia ni una pose; es, sencillamente, mi manera de ser. Me cuesta entrar en terrenos que siento ajenos a mi rutina, a mi trabajo, a esa forma de vivir siempre con la vista puesta en lo siguiente, en el próximo entrenamiento, en el próximo partido, en la próxima responsabilidad. Y, sin embargo, después de esa primera duda, me paré a pensar en cómo ha sido nuestra relación, una relación construida casi exclusivamente a distancia, con un inicio un poco accidentado, es verdad, pero también con algo que no siempre resulta tan fácil de encontrar: el reconocimiento recíproco del derecho a rectificar, del derecho a equivocarnos y, en definitiva, del derecho a entendernos mejor con el paso del tiempo.

Luego recordé también esa línea más profunda, más seria, más dolorosa, si se quiere, que de algún modo nos ha unido. Lamentablemente, lo ha hecho en nombre de una enfermedad que ha marcado mucho mi vida, y que ha marcado la vida de

tantísimas personas, de tantísimas familias, en formas distintas, con rostros distintos, con consecuencias distintas, y que todavía no hemos conseguido neutralizar lo suficiente. Hablo del cáncer. Cuando una realidad así atraviesa la vida de uno, cambia muchas cosas: cambia la manera de mirar, cambia la jerarquía de las preocupaciones, cambia incluso el valor que le damos a gestos que antes podían parecer menores. Y quizá por eso mismo, porque hay heridas que no se exhiben, pero sí nos hacen reconocernos en los demás, esta invitación terminó encontrando en mí una disponibilidad que al principio no estaba tan clara.

Además, la idea del libro me pareció original. Y eso, para alguien que ha pasado tantos años viendo, viviendo y recordando partidos, no es poco. Contar historias a través de una canasta especial, importante o sencillamente significativa para una persona me pareció una propuesta divertida e interesante. No hace falta que sea una de esas canastas que cambian la historia de un país, de un club o de un equipo. A veces basta con que haya cambiado algo en la vida íntima de quien la tiró, o de quien la vio, o de quien la sigue recordando. Porque el baloncesto, como tantas otras cosas esenciales, no vive solo en los grandes titulares, sino también en esos instantes más secretos en los que una acción concreta queda fijada para siempre en la memoria de alguien.

Cuando luego he visto el libro, me he dado cuenta de que Carlos había conseguido algo más difícil todavía: reunir voces y sensibilidades muy distintas y darles una coherencia, un tono, un sentido común. Y eso, naturalmente, ha sido posible también gracias a la contribución y a la colaboración de personas a las que respeto mucho, personas capaces de expresar de una forma literaria emociones y sensaciones que, a veces, quienes hemos vivido siempre en la inmediatez del deporte no sabemos traducir del todo. Ellos sí han sabido hacerlo, y

lo han conseguido realmente muy bien. Por eso entendí que merecía la pena prestar este pequeño apoyo, poner, como se suele decir, mi pequeño ladrillo en este proyecto.

Las canastas que aparecen aquí son de todo tipo, de todas las épocas, de todos los contextos. Algunas significan un acto de heroísmo; otras, un ejemplo de frialdad; otras nacen del oportunismo; otras, sencillamente, de la casualidad. Pero todas siguen el mismo hilo: el de la emoción humana. Y me interesa mucho esa idea de restringir, por un momento, una historia colectiva a la emoción de una sola persona, aunque naturalmente alrededor de esa persona haya compañeros, entrenadores, rivales, aficionados, familias, periodistas, ciudades enteras. Aun así, hay un instante irreductible en el que todo parece quedarse en un jugador, un balón, una canasta y una responsabilidad. Una responsabilidad que, por supuesto, se comparte con mucha gente, pero que en ese segundo exacto pasa por unas manos, por una decisión y por un corazón.

De algunas de esas canastas he sido espectador privilegiado. Pienso, por ejemplo, en la de Pepe Sánchez, contada por Berni. Otras las he vivido desde una distancia mayor, pero con una memoria muy clara de los hechos. Porque hay jugadas que el tiempo no borra. No las borra si amas este juego, no las borra si has dedicado tantos años a observarlo, a estudiarlo y a intentar comprenderlo. Y no las borra tampoco si detrás de esa acción hay una persona a la que quieres, o a la que respetas, o a la que, en el menor de los casos, admiras desde la distancia. Todas las personas que aparecen en este libro me parecen, de una u otra manera, dignas de ser leídas y escuchadas. Todas tienen sentido aquí. Todas aportan algo. Todas dejan una huella.

Creo, sinceramente, que este será un libro entretenido. Un libro que refrescará memorias, que devolverá al lector a momentos que quizá creía olvidados y que, en algunos casos,

contará cosas que no se conocían, o que nunca habían salido a la luz pública de una manera tan profunda. Pero, por encima de todo, será un libro marcado por la emoción. Y también por aquello que, en el fondo, nos une a Carlos: el amor por este juego fantástico que es el baloncesto.

Después de tantos años detrás de él, uno aprende que los amores largos son así. Tienen altibajos, tienen momentos mejores y momentos peores, tienen sinsabores, tristezas, fatiga, incluso desencanto a veces. Pero, cuando la relación es verdadera, por encima de todo queda la alegría. Queda la sensación profunda de estar hablando de algo que ha tenido y sigue teniendo un lugar importantísimo en nuestra vida. Algo que nos ha dado muchísimo, que nos ha quitado también alguna cosa, como hacen todas las pasiones auténticas, pero que nos ha acompañado durante años de una manera tan intensa que ya forma parte de lo que somos.

Y Carlos lo demuestra muy bien. Lo demuestra porque ha sabido mirar este mundo desde roles diferentes, sobre todo, naturalmente, desde su habilidad periodística y desde su profesionalidad literaria, pero también desde la experiencia de haber sido jugador. Y ahí aparece, otra vez, ese hilo conductor que lo explica casi todo: eso que comparten millones de personas en todo el mundo que no se conocen entre sí, que probablemente nunca se conocerán, pero que cuando escuchan la palabra baloncesto sienten dentro del corazón una cosquilla especial. Esa cosquilla, al final, es la prueba más simple y verdadera de que este juego nos importa. Y de que, mientras siga siendo así, historias como las que recoge este libro seguirán mereciendo ser contadas.